

CERVANTES: ESCRITOR Y SOLDADO

JOSÉ MIRANDA CALVO
Numerario

El recuerdo de la lectura del Ingenioso Hidalgo D. Quijote de la Mancha como colofón del conjunto de la obra cervantina, al deleitarnos en sus aspectos literario y psicológico, nos hace olvidar la profunda y sempiterna vigencia del sentido y espíritu castrense que acompañara a D. Miguel de Cervantes Saavedra durante toda su vida impregnando buena parte de su quehacer, cuyas vivencias aparecen transcritas en su obra paralelamente a sus vicisitudes militares que el propio Cervantes nos sintetiza con el ensamblaje feliz de que "nunca la lanza embotó la pluma, ni la pluma la lanza".

Nuestra condición castrense y la común pertenencia a la Infantería, que Toledo personifica como cuna académica de la misma, en la que antaño militara D. Miguel de Cervantes Saavedra desde 1568 en la Cp^a del Capitán Diego de Urbina del Tercio de D. Miguel de Moncada, presuponen estímulo adecuado para traer a colación en este día, esa entremezcla de escritor y soldado que palpita en el alma de Cervantes, que proyectara plenamente en su Quijote sobre el horizonte sin fondo de las llanadas manchegas donde el sol está en su reino y el hombre se diluye a través de dilatadas lontananzas.

Serán, pues, sus propios hechos y circunstancias, derivados de su andadura militar, encuadrado en aquellas famosas fuerzas de infantería de la España del siglo XVI, los Tercios, cuando volcada en su expansión europea y americana trataba España de lograr al

unísono su destino histórico sobre la base de la catolicidad, en los que Cervantes nos reflejará su fragmentada biografía y resumen de sus servicios castrenses, puesto que, como dice, "... desde que a mis tempranos 22 años embarquéme en Alicante, fui desde allí a Milán, donde me acomodé de armas y de algunas galas de soldado", hasta la madurez de su vida, ya retirado, a la que sólo salpicarán las incidencias de su cometido recaudador, encontramos variado y rico muestrario del entrelazamiento literario con sus vivencias castrenses, que, gozosamente, justifica al afirmar "... que cuando se juntan y avienen las fuerzas con el ingenio, hacen un compuesto milagroso con el que la paz se sustenta y la república se engrandece".

Esta entremezcla de su conducta militar con la glosa literaria, sorprende, a primera vista, por la sobriedad del relato, por la sencillez en la exposición de sus propios servicios, ya que, como aparece en el Prólogo de las Novelas Ejemplares, refiriéndonos su propia descripción física, a título de moderna filiación, "... éste que véis aquí, de rostro aguileño, de cabello castaño, frente lisa y desembarazada, de alegres ojos y nariz corva aunque bien proporcionada... que llámase Miguel de Cervantes Saavedra, se acompaña, a renglón seguido, de su bautismo de sangre y fuego con este lacónico decir...", fue soldado muchos años, y cinco y medio de cautivo, donde aprendió a tener paciencia en las adversidades. Perdió en la batalla naval de Lepanto la mano izquierda de un arcabuzazo, "herida que aunque parece fea, la tengo por hermosa por haberla cobrado en la más alta y memorable ocasión que vieron los pasados siglos ni esperan ver los venideros". ¡Ejemplar lección de sencillez y modesto orgullo!

Sin embargo, la ejemplaridad de su conducta y comportamiento en la jornada de Lepanto, revela su sólida ejecutoria militar, plena de espíritu sublimado por el honor de servir a Dios y a su Rey, ya que, en vísperas del combate, postrado por la fiebre en su

camastro, solicita ardientemente al capitán de su galera La Marquesa, su incorporación en estos términos: "Capitán Sancti Petri: en todas las ocasiones que hasta oy se han ofrescido de guerra a Su Majestad y se me ha mandado, he servido muy bien, como buen soldado, y aún, agora, no haré menos, aunque esté enfermo y con calenturas. Más vale pelear en servicio de Dios e de su Majestad e morir por ellos, que no bajarme so cubierta. Señor Capitán: póngame en la parte e lugar que sea más peligroso que allí estaré e moriré peleando".

Ante tal solicitud, diéronle el puesto del esquifa al mando de 12 soldados, recibiendo sendos arcabuzazos en el pecho y en su mano izquierda, que su alma literaria nos comenta orgulloso en las estrofas de su Espístola a Mateo Vázquez:

A esta dulce sazón, yo triste estaba,
 con la una mano de la espada asida,
 y sangre de la otra derramaba.
 El pecho mío de profunda herida
 sentía llagado, y la siniestra mano
 estaba por mil partes ya rompida.
 Pero el contento fué tan soberano
 que a mi alma llegó, viendo vencido
 el crudo pueblo infiel por el cristiano,
 que no echaba de ver que estaba herido;
 aunque era tan mortal mi sentimiento
 que a veces me quitó todo el sentido...

El estricto sentido del cumplimiento de su deber que le impulsara a su contribución a la victoria, sólo le hace exclamar en sus versos del Viaje al Parnaso:

Arrojóse mi vista a la campaña
 rasa del mar, que trujo a mi memoria
 del heroico D. Juan, la heroica hazaña.
 Dónde, con alta de soldados, gloria,

y con propio valor y airado pecho
tuve, aunque humilde, parte en la victoria.

completados en su referencia quijotesca al exponer, que "digo, en fin, que yo me hallé en aquella felicísima jornada ya hecho capitán de infantería, a cuyo honroso cargo me subió mi buena suerte más que mis merecimientos", aludiendo al mando de los soldados en el esquiife de su nave, y no al rango y grado que comporta, no dando importancia alguna a las heridas recibidas, puesto que "las heridas que se reciben en las batallas antes dan honra que la quitan", y "si mis heridas no resplandecen en los ojos de quien las mira, son estimadas a lo menos en la estimación de los que saben dónde se lograron, y si agora me propusieran y facilitarán con imposible, quisiera antes haberme hallado en aquella facción prodigiosa, que sano agora de mis heridas, sin haberme hallado en ella".

Repuesto de sus heridas, le vemos nuevamente combatiendo en Novarino, Túnez y La Goleta, y cuando, se dispuso a regresar a España en 1574, fue apresada su galera Sol por los corsarios turcos, como nos dice "después de habernos combatido 16 horas y muerto nuestro Capitán, al cabo de 9 asaltos que nos dieron, al último entraron furiosamente", versificándonos su odisea en la sentida estrofa del Viaje al Parnaso, que dice:

En la galera Sol, que escurecía
mi ventura su luz, a pesar mío,
fue la pérdida de otros y la mía.

Valor mostramos al principio y brío
pero después, con la experiencia amarga
conoscimos ser todo desvario.

La estancia y prisión en Argel, donde fuera llevado y soterrado en las mazmorras, sus desventuras, padecimientos, y esperanzas, le llevan a componer la trilogía de obras donde descubre el ambiente y maniobras hasta el momento de su rescate: El cautivo,

Los baños de Argel y Los tratos de Argel, de las que entresacamos como muestrario:

Cuando llegué vencido y vi la tierra
tan nombrada en el mundo, que en su seno
tantos piratas cubre, acoge y cierra,
no pude al llanto detener el freno.
Que a mi despecho, sin saber lo que era
me vi el marchito rostro de agua lleno.

Estas cosas volviendo a mi memoria
las lágrimas trujeron a los ojos,
movidas de desgracia tan notoria.

¡Triste y miserable estado!
¡Triste esclavitud amarga
dónde es la pena tan larga
cuán corto el bien abreviado.
¡Oh purgatorio en la vida
infierno puesto en el mundo
mal que no tiene segundo
estrecho do no hay salida.
Necesidad increíble
muerte creíble y palpable
trato mísero intratable
mal visible e invisible!

Cuándo no trabajo, estoy
más cansado y más molido.
Para mi es grave tormento
este estrecho encerramiento
y es alivio, a mi pesar,
ver el campo o ver la mar.

La profunda fé religiosa que en tan alto grado le sostuvo, como a sus compañeros, durante el cautiverio, encuentra su expresión acongojada, exclamando:

Todos cual yo, de allá puestas las manos,
 las rodillas por tierra, sollozando,
 cercados de tormentos inhumados,
 Valeroso Señor, te están rogando
 vuelvas los ojos de misericordia
 a los suyos que están siempre llorados.

Conseguido, finalmente, su rescate, emprendería viaje a Valencia el 24 de octubre de 1580, exteriorizando escuetamente su alegría, al decirnos:

De Italia las riberas he barrido
 he visto las de Francia y no tocado,
 por venir sólo a España dirigido.
 Aquí, con dulce y feliz agrado
 hará fin mi camino, a lo que creo,
 y seré fácilmente despachado.

Efectivamente, las glorias y aventuras pasadas fueron trocadas por los avatares de su vida cotidiana, en la alternancia de sus cargos modestos, vida matrimonial, y experiencias de escritor y novelista inmortalizadas en sus *Novelas Ejemplares* y en el *Quijote*.

Será, precisamente, en el *Quijote*, donde plasmará como colofón de sus convicciones y orgullo castrense el fruto de sus reflexiones en su famoso *Discurso de las Armas y las Letras* (cpt^o XXXVIII) desbordante de contenido humanístico y complementareidad de fines de las letras y las armas, de la pluma y de la espada, homogeneizando su actividad en pro de la justicia, en la perfección de las leyes como reguladoras de la convivencia social y justa distribución de bienes para el desenvolvimiento humano, con el mantenimiento de la paz como supremo ideal terreno, todo ello sostenido por la vela de las armas, puesto que el mensaje de Cervantes

en su Quijote, dentro de la visión de la España de entonces, descansa en el contraste que nos relata entre la realidad que se vive y se siente y el idealismo de los sueños y quimeras con los que se fantasea en la sociedad.

De ahí, que al preguntarse por el fin perseguido entre la noble emulación de las armas y las letras, conjuntando las humanidades y las leyes nos dijera... "es el fin y paradero de las letras... y no hablo ahora de las divinas, que tienen por blanco llevar y encaminar las almas al cielo, que a un fin tan sin fin como éste, ningún otro se puede igualar; hablo de las letras humanas, que es su fin poner en su punto la justicia distributiva y dar a cada uno lo que es suyo, entender y hacer que las leyes se guarden. Fin por cierto, generoso, y alto y digno de alabanza; pero no de tanta como merece aquel a que las armas atienden, las cuales tienen por objeto y fin la paz, que es el mayor bien que los hombres pueden desear en esta vida". Nadie mejor que el que conoce el oficio de las armas, sabe el horror de la destrucción de su empleo, motivo por el que Cervantes, busca el equilibrio ante las veleidades humanas, puesto que, como nos sigue diciendo en su Discurso "dizen las letras que sin ellas no se podrían sustentar las armas, porque la guerra también tiene sus leyes y está sujeta a ellas y que las leyes caen debajo de lo que son las letras y letrados. A esto responden las armas que las leyes no se podrían sustentar sin ellas, porque con las armas se defienden las repúblicas, se conservan los reinos, se guardan las ciudades, se aseguran los caminos, se despojan los mares de corsarios; y finalmente, si por ellas no fuere, las repúblicas, los reinos, las monarquías, las ciudades, los caminos de mar y tierra, estarían sujetos al rigor y a la confusión que trae consigo la guerra el tiempo que dura y tiene licencia de usar de sus privilegios y de sus fuerzas; y es razón averiguada que aquello que más cuesta se estima y debe de estimar en más".

Hoy día, con inquietud y tristeza, estamos asistiendo a siste-

máticas campañas para crear divergencias entre las Letras y las Armas, tratando de debilitar esa conciencia individual y colectiva que todos hemos de sentir y estimular para la defensa de nuestra convivencia y su respeto, que es garantía siempre de paz, que se basa en el orgullo y convicción moral de nuestro común destino, en esa España de ayer, de hoy y de mañana, en la que creyó Cervantes y a la que sirvió por encima de circunstancias y adversidades.

De ahí que, en plena madurez de su vida, con el orgullo de su creación literaria, reflexionando sobre su pasado castrense y los valores morales y patrióticos en los que descansa el servicio de las armas, a guisa de compendio de su conducta y limpia ejecutoria, nos escribiera "yo no sé que tiene esta profesión, a pesar de los sacrificios, riesgos, penurias, e ingratitudes, son tantas las satisfacciones, que se está orgulloso de pertenecer a ella y con deseos de continuar siempre en sus filas".

La grandeza de su obra literaria, estrechamente vinculada, como vemos, en buena parte a su sentido y quehacer castrense, aparece como constitutiva de la perfecta idoneidad de escritor y soldado, que igualmente siguieran y personificaran los insignes Lope de Vega y Calderón de la Barca, soldados también, ensamblando la trilogía ideal de las Armas y las Letras sin parangón en cualesquier otro país, nos hace, hoy día, recordarle, a título de respetuoso homenaje, con estos sencillos versos de Leopoldo Cano en su Cancionero cervantino, diciendo:

Con extraña habilidad
un soldado, poco a poco
queriendo pintar un loco
retrató a la humanidad.

En obra tan singular
que rival no ha de tener,

España aprende a leer
el mundo aprende a pensar.

De aquel tesoro sin par
Cervantes, con rica vena,
puso tanto en cada escena,
en una página sola,
que, aún siendo la obra española,
España la encuentra buena.

Hoy dice el mundo y se engaña
¡Pues no era manco el autor!
más quien hizo tal primor
salió manco de campaña.